

y sus resultados, sin duelo y sin quebranto.

II

Uno de los signos más nefandos de este personal y más reprobados por el vecindario en general, era que fumarán las camareras.

- ¡Qué mujeres, que hasta fuman y todo, decía la gente del pueblo!

Y a los hombres les parecía igualmente detestable y un detalle de la máxima relajación, que no todos admitían sin protesta ni indignación.

A ninguna mujer le apetecía hacerlo, pero aunque le hubiera apetecido se hubiera abstenido por su propio decoro y estimación personal.

Los intercambios de la guerra de Cuba hicieron que se viera aunque no con poca extrañeza, alguna que otra señora con su cigarro puro en la boca y el arrebató de celos incompresible que condujo a la tía Negrita al sepulcro, tal vez no fuera ajeno a este viciojeo como le pasó a Malacara, el reo ejecutado en la placeta de Palacio, que echó aquel cantar al pie de la horca, lamentando la mezquina utilidad de su crimen.

“Por un cigarro puro
y por una mala compañía
la víspera del Señor
mataron a Malacara

La quiebra de todos los resortes morales durante nuestra guerra última, la promiscuidad de las gentes, los estilos y modos internacionales y un factor de tan inmenso poder como la moda hicieron que se extendiera mucho el vicio de fumar entre las mujeres. Grandes contrastes he observado entre ellas debidos a estos factores y sólo me quedé con ganas de ver el de la Pantoja, a la que visitaba con frecuencia.

La veía don Gregorio Marañón, y él fue el inventor de las marchas a pie hasta la Cañamona, los masajes diarios de toda la mañana por una mujer amaestrada y cien mil detalles que no hacen al caso sin conseguir bajar ni un gramo a los doscientos kg. en bastantes años. Cuando surgen estas cuestiones pienso siempre que si doña Enriqueta hubiera vivido la moda de los adelgazamientos, seguro que pierde peso, pero fue al contrario, se estilaban en su tiempo los abultamientos y aunque le pesaran no los perdía. Y puede que hasta hubiera fumado sin que le pegara mal por su carácter viril.

Lo de fumar para no engordar es un achaque antiguo y de observación vulgar entre los hombres de antes, aunque ahora lo practiquen también las mujeres. Es que la carne se hace comiendo y el tabaco quita el apetito más que la botica y no comiendo no se engorda. Lo difícil es dejar de comer teniendo hambre y comida, por eso Faco el de la Moya, que era el caso más notable de la Cruz Verde, por la gordura, por la vagancia y por la carraspeante voz, dejaba y tomaba el tabaco a temporadas y se hacía la ilusión de que subía mejor al casino cuando fumaba, como la Pantoja iba a la Cañamona.

La antropología alcazareña es muy variada y menos pura que en la an-